

Año 7
Número 7
Verano 2021

Revista de Políticas Sociales

ENSAYOS

La escritura del sujeto

Graciela Messina

Directora de Análisis y
Monitoreo de MEJOREDU
(Comisión Nacional de
Mejora continua de la
Educación -México)

messinagra3@gmail.com

Introducción

El deseo de escribir, el miedo a escribir, las ganas de escribir, las lecturas infantiles, mis búsquedas en torno de una escritura desde el sujeto, todo concurre en este texto. El sujeto que se encuentra consigo mismo en la escritura.

Este texto¹ aspira a poner sobre la mesa que educar es educarse (Gadamer, 2000). Este proceso de educarse, a su vez, necesita ser comprendido como un viaje o una conversación consigo mismo en torno a la escritura. La reflexión del educador en torno a la escritura, como sistema de la escritura y como experiencia de la escritura, es definida como punto de partida para la tarea de educar, que incluye desde actividades como la alfabetización de los niños y jóvenes que participan en la educación básica hasta acciones de enseñanza en otros niveles del sistema educativo o en la educación no formal. En este sentido, se aborda la escritura no como una escritura para la escuela, ni tampoco desde técnicas de composición y redacción. Por el contrario, se invita a leer el texto que se inicia considerando las relaciones entre escritura y experiencia.

El texto recupera algunas ideas que fueron pensadas en su momento para orientar procesos de aprendizaje de estudiantes, presenciales o a distancia, con los cuales compartí espacios universitarios de postgrado. Al mismo tiempo este texto es nuevo, tanto en su intencionalidad como en su forma. Están presentes intuiciones pedagógicas que me han acompañado en mi desarrollo, incluso antes de haber adquirido una formación más sistemática en este campo. Intuiciones que han ido ganando singularidad.

1. El presente artículo fue publicado originalmente en la Revista de Ciencias Políticas y Humanidades Caja Negra N° 12, enero-julio 2018, BUAP (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla), México.

También está presente en el texto la pasión por la escritura y la lectura, que ha estado conmigo desde temprana edad. Desde el presente esa pasión la entiendo en mayor grado desde la noción piagetana del niño como “teorizador” de la realidad (Ferreiro, 2003) que desde las enseñanzas escolares solían aburrirme.

En consecuencia, esa pasión por la escritura y la lectura ha estado más vinculada con las exploraciones informales de aprendizaje, con la curiosidad naciente, con la oportunidad de compartir conversaciones con adultos en la familia, con los libros a la mano, que abría sin entenderlos, con las revistas cargadas de imágenes que ojeaba por mi cuenta a la hora de la siesta. Como relata Piglia en uno de sus diarios (Piglia, 2015), esta pasión se vincula con jugar con los libros, con ponerse en una situación de lectura, con hacer como si se estuviera leyendo, con el libro abierto al revés a los 3 o 4 años. La pasión por la escritura ha sido también para mí la pasión por los libros, las librerías, el deambular por la ciudad, por ponerse en el lugar del observador, por caminar como una experiencia de escritura.

Propongo leer el artículo como un hipertexto, en el cual cada párrafo deriva a otros o puede ser completado por el lector.

Escribir

Escribir diferencia y singulariza al ser humano. Escribir y pensar. Sin embargo, podemos escribir como si estuviéramos haciendo una tarea escolar: escribir para alguien que nos encargó el trabajo, escribir para cumplir, escribir siguiendo un formato, escribir sin estar ahí. Una escritura sin sujeto.

Quiero hablar de otra manera de escribir. Escribir en un tiempo lento. Escribir para pensar. Escribir para reconocerse. Escribir para comprender. Escribir “para nada”, parafraseando a Levinas. Lo contrario de la escritura escolarizada: una escritura donde el sujeto irrumpe.

Escribir es el momento del sujeto, en que se reconoce como autor. Escribir como celebración, como inauguración de un tiempo nuevo, como el gusto de escribir para sí.

La escritura desafía la falta de sentido, nos detiene, obliga a una pausa en la cotidianidad y la urgencia: escribir nos pone en el lugar de la observación y la reflexión, escribir nos pone en el límite. Al escribir se abre una puerta: la expansión posible del conocimiento por el hecho de compartirlo y por añadidura exponerse al debate, a la mirada del otro.

“Escribir es un rezar. Y la lectura es una plegaria” (Melich, 2015, p.13). Con estas palabras Melich define la escritura como un hacer que escapa a la reducción técnica, un espacio donde el sujeto se entrega y se presenta sin ataduras y sin disfraces.

Para qué escribir: primera vuelta

Hannah Arendt (2013) dice, y yo con ella, al hacer propias sus palabras: el asunto es comprender y escribo para comprender...Esta es una idea fundamental: al escribir nos aclaramos. Si nos sentimos “enredados”, “confusos” y hasta bloqueados, sin tener claro qué hacer, escribir es la alternativa que abre opciones; incluso escribir sobre el enredo y la confusión, sobre no saber para dónde vamos. Antes que esperar a estar claros para escribir, podemos escribir para aclaramos.

Pero no sólo escribimos para comprender. De hecho, podemos dar un paso más. De acuerdo con Murakami (2007), no sólo escribimos para comprender, sino que sólo escribiendo se comprende. Eso es lo que le pasa a él, eso es lo que cuenta en relación con el correr. Su postura es aún más radical que la de Arendt. En el proceso de escribir, y sólo por ese proceso, dialogamos con lo escrito y se va construyendo la comprensión.

Escribir es re-escribir una y otra vez, escribir y revisar (Murakami, 2007; Carver, 1990), escribir, revisar el texto y cambiarlo; escribir y mostrar el

texto a otro, escuchar sus comentarios, re-escribir; y al hacer esta re-escritura nos vamos aclarando, con el otro y con la propia escritura. En la escritura utilitaria escribimos una sola vez y ya está.

La idea de compartir la escritura entre pares resulta prometedora, ya que permite contar con una escucha, que podemos pensar como dispuesta a dar y recibir. Cada uno tiene que hacer lo mismo con el otro: escuchar a un compañero con la disposición a acompañar, aprender y abrirse a mostrar su texto a otro. Abrirse a la crítica, a lo diferente. Y al mismo tiempo estar en el lugar que hemos elegido y que podemos sostener, no como terquedad sino como inclinación, como preferencia.

Escribir requiere “perseverancia”. Al respecto Rancière (2011) dice que la clave es persistencia porque nos encontramos confrontados con la dispersión de la vida cotidiana. Para Rancière (2011) cuenta la capacidad de crear el poder en nosotros mismos, antes que buscar y tomar un poder externo. En el mismo sentido habla de tener confianza en la puesta en común de las capacidades dispersas y en producir una ruptura simbólica fuerte, otras formas de producción, consumo e intercambio. ¿Cómo podemos generar otras formas de producción, consumo e intercambio en el proceso educativo? ¿Cómo podemos abordar la educación de otra manera?

Para escribir necesitamos organizar la tarea desde el preguntar. Sin embargo, no estoy hablando de una secuencia lineal de primero preguntarse y luego escribir; de nuevo necesitamos generar la oportunidad, crear espacios, territorios y tiempos, para que las preguntas vayan saliendo sobre la marcha; podemos incluso suspender las preguntas. Hacer preguntas orienta el camino, pero que las preguntas no detengan el tránsito de un fragmento a otro. No hagamos el camino de formular preguntas y luego aplicarlas; dejemos que las preguntas lleguen, como parte del proceso de estar presentes, de estar abiertos a lo nuevo, a lo por venir, a lo imprevisible. Lo opuesto a sujetos colonizados, referidos a estructuras externas.

En esta forma de caminar necesitamos aceptar la “soledad” del escritor, del autor, como parte del proceso. Necesitamos reconocer que las presencias y las oportunidades de aprender son más fuertes que las ausencias que pueden percibirse, necesitamos del silencio y sus lenguajes.

Finalmente, Greco (2008) nos recuerda que vivimos en tiempos de in-significancia, queriendo decir tiempos de pérdida de sentido (esa es

mi lectura), y que entonces nos toca generar nuevas formas y espacios de subjetivación o de construcción de sujetos, con las nuevas generaciones. Las escuelas, los centros de investigación, las organizaciones donde trabajamos son esos espacios, esas oportunidades para inventar algo nuevo, también nuevas formas de autoridad, nuevas formas de escritura, nuevas formas de alfabetización.

Escribir: segunda vuelta o especificando las reflexiones

En primer lugar, comprender que al escribir creamos una presencia, que escribir tiene una materialidad, que es una experiencia, un acto en el mundo, un comenzar, un nacimiento. Consecuentemente, reducimos la escritura cuando la pensamos como discurso. La escritura genera realidades y es ella misma una realidad nueva, una presencia que emerge para el lector y para el propio autor. En este sentido, la escritura supera lo local, nos permite viajar en tiempo y espacio, ser presencia para muchos otros que no fueron pensados en el momento de escribir. También escribir nos lleva a recordar una vez más que no sólo somos sujetos parlantes, seres pensantes, sino que somos seres en la escritura, amasados con palabras que pugnan por salir, por hacerse escritura.

En el mismo sentido necesitamos reconocer que no sólo escribimos desde y para la experiencia, sino que la experiencia se transforma en escritura. Este giro hace posible la construcción de un acervo de conocimiento que es menos frágil que el oral. De este modo se crea una tradición escritural que se reinterpreta a lo largo del tiempo. La escritura tiene esa capacidad de transformar y simultáneamente estabilizar la experiencia, así como de ponerla en movimiento y a disposición de otros y de otras interpretaciones. En el mismo sentido, la escritura saca a la experiencia del mundo de lo privado y la ubica en un espacio más público.

En segundo lugar, estar conscientes de que la escritura cambia día a día, de que la escritura es reescritura, como decíamos en el apartado anterior. Necesitamos afirmar esa idea para no sentir “que perdemos el tiempo”, “que somos perfeccionistas”, sino reconocer la escritura como ese vaivén, como algo que no se hace de una sola vez, sino que requiere de procesos de revisar, aceptar correcciones, dejarse leer por otro, leerse

a sí mismo y cambiar el texto. En el mismo sentido, Arendt (2002) dice que el pensamiento es en cierto sentido “autodestructivo”, que sólo hay pensar cuando el pensar cambia por un movimiento interno. En el mismo sentido, hay escritura cuando la escritura cambia, por la decisión de un sujeto dispuesto a reescribir. Escuchemos a Arendt:

la ocupación del pensamiento es como la labor de Penélope, que cada mañana destejía lo que había hecho la noche anterior, pues la necesidad de pensar no se deja acallar por los discernimientos, supuestamente definitivos de los sabios; sólo el pensamiento puede satisfacerla, y los pensamientos de ayer satisfarán las necesidades de hoy sólo en la medida en que se es capaz y se desea volver a pensarlos. (2002, p.110)

En tercer lugar, escribir es aceptar que se lleva con uno lo que vamos a escribir, que estamos pensando en eso todo el tiempo, incluso en el momento menos esperado, que dejamos que las ideas vayan y vengan, hasta que se quedan y se escriben. Ese tiempo de hibernación en que dejamos discurrir las ideas, las vemos pasar como pececitos, como decía Virginia Woolf o el encanto de Grossman cuando juega con las ideas el día entero. Ese tiempo propio del que escribe no siempre es comprendido por los otros. En una película dedicada a Virginia Woolf, su vida, obra y sus lectoras y herederas, “Las horas”, se presenta a la autora dedicada a escribir a mano sobre una pizarra; en medio de una reunión familiar, se queda ensimismada y dice intempestivamente: “el poeta debe morir”, en alusión al personaje central de la novela que está produciendo, La Señora Dalloway. Los sobrinos la miran y se sonríen cómplices, afirmándose en la idea de que su tía ha perdido la cabeza.

En cuarto lugar, escribir es mirar, abrir ventanas al mundo, ver algo que estaba apenas esbozado, posibilitar que otra perspectiva se haga presente. En este sentido la escritura se anima a transitar entre los polos caracterizados como excluyentes desde un pensar tradicional.

No tener miedo de las paradojas. Dejar de pensar en categorías y hacerlo en escenas, en imágenes, en metáforas, en relatos. Un pensamiento fragmentario, abierto, no sistemático, un pensamiento contrario a la lógica metafísica, una lógica que siempre tiene respuestas para todo y que, por eso mismo, nos aleja de la vida. (Mélich, 2015, p.11)

En quinto lugar, la escritura es siempre subjetiva, ponemos algo de nosotros mismos, estamos dispuestos a exponernos, damos la cara, corremos riesgos. La escritura que refleja la realidad tal cual es no existe. Y si existiera sería como escribir desde un vacío del sujeto. Kertész escribe incansablemente sobre el holocausto; cuando le preguntan por qué lo hace dice que eso constituye su vida, que no puede escribir de otra manera; escribe variaciones, muestra posibilidades, pero regresa al núcleo original. Duras vuelve una y otra vez a su juventud en Indochina.

En sexto lugar, escribir es ser tolerante con nosotros mismos, con nuestra incapacidad de sentarnos y dejar las distracciones y las urgencias a un lado. Escribir es aceptar la angustia de la hoja en blanco y ver cómo se va llenando línea a línea con nuestro esfuerzo. Escribir es el sentimiento de que tendría que estar escribiendo y no lo hago, es la deuda que crece hora a hora o día a día, hasta que se empieza. Al mismo tiempo, la escritura pone orden en nuestra vida. Cuando empezamos a escribir sentimos que algo cambió, que el mundo está mejor. En el mismo sentido, la imagen del escritor que se sienta a escribir en forma continua, que tiene un lugar y un tiempo establecido, una rutina más o menos fija, es sólo una de las posibilidades. Otras veces la escritura se hace en la discontinuidad, se mezcla con las tareas cotidianas, se nutre de ellas al mismo tiempo que se siente la tensión entre escribir y vivir.

En séptimo lugar, “escritura de la comunidad y comunidad de la escritura”. De eso estamos hablando. Aun cuando los escritores reivindican la soledad necesaria del autor, escribir es para y desde una comunidad, nadie escribe solo, la intertextualidad está siempre presente. Se escribe como parte de un grupo, apenas sospechado o claramente identificado. Se escribe para otros. Al mismo tiempo la escritura crea comunidad, se hace la comunidad de la escritura, de los que nos leemos, de los que escribimos juntos, de los que intercambiamos textos y referencias, de los que nos prestamos libros, de los que vamos juntos a la librería y queremos el mismo libro...y queda uno solo.

En octavo lugar, la escritura, al proyectarme hacia los otros, hacia otras realidades, me saca de mi ensimismamiento, de la convicción que ya sé, que estoy completo. En este sentido, la escritura es un acto de humildad, de ruptura con el ego y sus estrategias de autoafirmación.

En noveno lugar, escribiendo entiendo lo que me pasa y lo que le pasa al otro. La escritura como ya se dijo en el primer apartado, es comprensión,

autocomprensión y comprensión del otro. En el mismo sentido, escribir es estar abierto a polemizar, a disentir, a escribir para ser negado, a reconocer la lectura que me niega.

En décimo lugar, escribir es valorar la escritura fragmentaria, esa que tiene continuidad desde los fragmentos, que no aspira a la totalidad, ni a la lógica deductiva, ni a la argumentación consistente o la visión completa. Lo que define a la escritura fragmentaria es que no aspira a la totalidad, igual que la comunidad desobrada no busca la obra ni los resultados, sino ser singular... y ser singular en cada momento: singular-plural, parafraseando a Nancy. El estallido del pensamiento binario: no es necesario elegir entre lo singular y lo plural, ni entre la continuidad y el fragmento, al unísono las dos cosas están presentes.

En este mundo de viajes y naufragios, escribir es anclarse, detenerse, tener un lugar para empezar algo, un pivote para mirar y pensar, un lugar para volver sobre los hechos, hacerlos memoria o para olvidarlos. Al mismo tiempo, la escritura nos permite llevar anclas, levantar vuelo, imaginar realidades, salir de la cotidianidad recurrente.

Escribir es aceptar el lenguaje balbuceante, las palabras que no terminan de salir. Escribir es escuchar el ritmo, el olor, el color de lo que estamos escribiendo. Escribir es dejar abierto un espacio para eso que no se dice, pero está presente, como un fantasma al que debemos reconocer.

Escribir es dejar abierto un espacio para el lector, un espacio que no podemos ni debemos predecir cómo será llenado. Escribir no es sólo para comunicarse, pero escribir comunica y permite la comunicación. Recuerden la ansiedad o incluso la desesperación que sentimos cuando estamos en una tierra donde no conocemos su idioma.

La escritura puede ser interminable, la experiencia de la escritura es en torno a algo que no tiene fin. En un momento decidimos que ya está y sabemos que no está, simplemente decidimos que ya está, que ya es tiempo de dejar este texto atrás y seguir con lo que sigue.

La voz del escritor: un modelo para armar

Escuchemos la voz de un escritor. Ahora comparto la reflexión acerca de la escritura hecha por un escritor, David Grossman (2007), algunos frag-

mentos de un texto titulado sugerentemente “Escribir en una zona de catástrofe” o “La palabra contra los depredadores”². ¿Por qué Grossman y no otro? Grossman es un escritor israelí disidente, hijo de supervivientes del holocausto, que vive en una de las zonas de conflicto más críticas del planeta. Grossman busca la paz, mientras su obra está marcada por la huella del hijo muerto en la guerra, en la guerra cotidiana que Israel hace en sus territorios y los alrededores y que el autor repudia. Los títulos que siguen son míos. Propongo hacer nuevas lecturas, uniendo y re titulando los fragmentos de otra manera.

La escritura nos hace libres...Sientan el aire fresco...

“Escribimos. Somos muy afortunados: el mundo no se cierra sobre nosotros. El mundo no se estrecha” (Grossman, 2010, p.19). Para el autor, escribir nos libera, nos permite ver alternativas, recrear situaciones, pensar en posibilidades.

He aquí el gran misterio y la alquimia de nuestras acciones: en cierto sentido, desde el instante en que cogemos la pluma o pulsamos la tecla del ordenador, dejamos de ser la víctima indefensa de todo lo que nos sometía y restringía antes de ponernos a escribir. (Grossman, 2010, p.18)

Aún más, escribir nos regresa a lo mejor de nosotros mismos, nos devuelve al hogar, nos saca de la sensación “qué hice yo para merecer esto”.

Cuando escribimos sentimos que el mundo se mueve, es flexible y está lleno de posibilidades. Ciertamente no está congelado. Dondequiera que haya existencia humana, no hay congelación ni paralización; de hecho, tampoco hay statu quo (aunque a veces creamos que sí, aunque algunos estén muy interesados en hacérsenoslo creer). (Grossman, 2010, p.15)

Al escribir nos pensamos, podemos leer en el texto, y pensar nos hace libre, nos permite recuperar la esperanza.

2. Grossman, David (2010), Escribir en una zona de catástrofe, en Escribir en la oscuridad, Barcelona, Ed. Debate; también publicado como artículo, “La palabra contra los depredadores”, en Diario La Nación, Argentina, 20 de mayo del 2007.

Escribir es regresar a casa

“Escribo y doy mis nombres más íntimos y privados a un mundo externo y extraño. En cierto sentido, lo hago mío. Regreso a casa desde el lugar en que me sentía exilado y extranjero” (Grossman, 2010, p.17). El regreso al hogar es el regreso al ser, a nuestras convicciones, a nuestra disposición a vivir a contracorriente.

Descubro que escribir sobre la arbitrariedad me permite cierta libertad de movimiento con respecto a ella. Que enfrentarme a la arbitrariedad me da libertad, tal vez la única libertad que un hombre puede tener frente a cualquier arbitrariedad: la de expresar lo trágico de una situación con sus propias palabras. La de expresarse de una forma diferente, nueva, frente a todo lo que amenaza con encadenarle y atarle con las definiciones limitadas y fosilizadas de la arbitrariedad. (Grossman, 2010, p.17)

La escritura es presentada como un ejercicio de desnaturalización, que nos libra de pensar: las cosas son así y no se pueden cambiar.

Al escribir me olvido de mí, de las historias que me obsesionan

En el momento en que uno se pone a escribir-dice Natalia Ginzburg- milagrosamente se olvida de las circunstancias de nuestra propia vida, pero nuestra felicidad o nuestra desdicha nos empujan a escribir de determinada manera. Cuando somos felices nuestra imaginación tiene más fuerza. Cuando nos sentimos desdichados, gana la fuerza del recuerdo. (Grossman, 2010, p.14)

El autor muestra hasta dónde el contexto social y político condiciona la escritura; al mismo tiempo, da cuenta del resquicio de libertad que se hace presente en toda situación, aún en la más oprimiente. Sobre todo, la escritura saca al escritor de sus asuntos personales, lo vuelve al flujo de la vida, al compromiso con los otros.

No puedo evitar que la situación esté presente y que todo se haga un poco banal...

Puedo hablarles del espacio vacío que muy lentamente se abre entre el hombre, el individuo y la situación externa, violenta y caótica en la que vive y que condiciona su existencia en casi todos los aspectos. Ese espacio nunca permanece vacío, sino que se llena rápidamente de apatía y de cinismo, y por encima de todo de desesperanza (...) Desesperanza ante la imposibilidad de que la situación pueda cambiar, de librarse de ella. (Grossman, 2010, p. 10)

La desesperanza se hace presente, los caminos parecen cerrarse; en ese espacio, la escritura tiene la posibilidad de iluminar.

“El ratón de Kafka tiene razón: cuando el depredador nos acecha, el mundo se hace más estrecho. Lo mismo ocurre con el lenguaje que lo describe” (Grossman, 2010, p.11). Lo saben los que han vivido en dictaduras o en democracias que son formas de la dictadura: la autocensura empieza a imponerse, las formas se reducen, la dominación se naturaliza.

Por propia experiencia puedo decir que el lenguaje con el que los ciudadanos de un conflicto prolongado describen su situación, es tanto más superficial cuanto más prolongado es el conflicto. Gradualmente se va reduciendo a una secuencia de clichés y eslóganes. Empieza con el lenguaje creado por las instancias que se ocupan directamente del conflicto: el ejército, la policía, los ministerios y otras; rápidamente se filtra a los medios de comunicación que informan sobre el conflicto, dando lugar todavía a un lenguaje más retorcido que pretende ofrecer a su público una historia fácil de digerir (creando una separación entre lo que el Estado hace en la zona oscura del conflicto y la forma en que sus ciudadanos prefieren verse). Y este proceso acaba penetrando en el lenguaje privado e íntimo de los ciudadanos del conflicto (aunque lo nieguen enérgicamente). (Grossman, 2010, p.11)

Todo esto para qué

Ahora a lo nuestro. Acaso la educación no está en crisis, ¿y nos pesa? ¿Acaso investigar no deja de dolernos? ¿La alfabetización no ha sido una práctica permanentemente puesta en cuestión? Las palabras que se han hecho institucionales, clichés, como desempeño, evaluación, calidad, competencias, rúbricas... no dejan de rodearnos con su banalidad, inten-

tando convencernos de que todo está bien. ¿Acaso nos damos cuenta de que las palabras cuentan y crean un mundo de ilusión?

Entonces...volvamos a la escritura como lugar de sanación, como comunidad, volvamos al tiempo de escribir, al tiempo limitado que se puede hacer infinito mientras escribimos, al tiempo nuestro. Volvamos a la escritura para recrear el mundo, para soñar que todo es posible, para ser más universales y más empáticos con el otro diferente. Y de nuevo regresando a Grossman:

La literatura puede unirnos al destino de otros, distantes y desconocidos (...) La literatura puede ser amable con nosotros, puede aplacar ligeramente la sensación de sentirse insultado por la deshumanización que nos indilga la vida en las grandes sociedades globalizadas y anónimas. El insulto de describirnos en un lenguaje tosco, en clichés, en generalizaciones y estereotipos. El insulto de convertirnos, como dijo Herbert Marcuse, en hombres unidimensionales. (Grossman, 2010, pp.136-137)

Finalmente, para Grossman (2010), la literatura tiene otra contribución inestimable: “hemos descubierto la capacidad del individuo para ser humano hasta en las más duras circunstancias. Leer literatura restaura nuestra dignidad y nuestro rostro original, humano, el que existía antes



de verse empañado y difumado entre las masas” (Grossman, 2010, p.137). Esa capacidad de ser solidario con el otro, con lo que estamos investigando, de ser congruente con nuestra decisión de desocultar, aun en las condiciones de fragilidad en que vivimos, esa es la que podemos recuperar cuando escribimos. También cuando tendemos la mano al otro mientras estamos en la cuerda floja, cuando nos abrimos a dar sin esperar el puerto seguro.

A modo de epílogo

Entonces ¿cómo vamos a escribir/aprender en el campo de la educación? ¿Cómo hacer para estar conscientes de que, por ejemplo, lo que les pasa a los niños y jóvenes de la educación básica en sus procesos de alfabetización guarda relación con nuestros propios procesos adultos de escritura y lectura? ¿Acaso se pueden diseñar y aplicar estrategias de enseñanza en alfabetización sin ser escritores adultos conscientes de la escritura y sus tensiones y también de sus posibilidades de creación? ¿Adultos que vemos la escritura como una experiencia donde el deseo de saber se hace presente? Adultos que queremos fluir con ese deseo... ¿Acaso se puede “enseñar” la escritura o vamos a intentar crear estrategias externas para que el otro, ese niño o joven, aprenda? Acaso se puede asumir un enfoque constructivista en alfabetización si olvidamos reflexionar nuestro propio proceso de construcción en la escritura, que hacemos todos los días. Si queremos que el niño o el joven estudiante de la educación básica sea sujeto de su propia alfabetización, como proceso permanente e inacabado, necesitamos ser sujetos conscientes de nuestra relación con la escritura. Entonces, necesitamos investigar, llevar un diario que nos permita observarnos a través del tiempo. Desde las ciencias sociales a la literatura, hasta llegar a las adolescentes del siglo XIX, el mundo está lleno de diarios: diarios de campo, bitácoras pedagógicas, diarios íntimos. La construcción de la memoria y la búsqueda de la identidad, siempre móviles, une a estos diarios.

Finalmente, los límites entre escritura y lectura son ellos mismos difusos y sujetos a idas y vueltas. Borges gustaba decir que él antes que ser escritor era un lector. Sin embargo, en estos tiempos de migración digital, necesitamos preguntarnos por las nuevas condiciones de producción para la escritura. En los noventa Sarlo (1996) afirmó que la lectura sigue siendo una capacidad compleja e imprescindible:

Es indiferente el soporte material de la lectura: ¿una página impresa, un microfilm, la pantalla de una computadora, un holograma? En el límite, todos exigen esa capacidad infinitamente difícil: interpretar algo que ha sido escrito por otro. Leer es, siempre, de algún modo, traducir. (Sarlo, 1996, p.194)

Veinte años después me animo a decir que han cambiado las condiciones sociales que sostienen la escritura y la lectura. Sin duda son otras la velocidad material de la escritura, su sonido, el concepto de error y la forma, cada vez más cercana a la página impresa (Piglia, 2015).

Sin embargo, aún con la presencia creciente de los medios digitales, de las nuevas escrituras y de las imágenes, la “escritura del lenguaje verbal” sigue siendo iluminadora e irremplazable. Quizá nuestro acto de libertad siga siendo reflexionar sobre la escritura que producimos, y en ese ejercicio de re- autoría, generar conocimiento nuevo y liberador. El autor que se mira a sí mismo ha sido expresado por muchos escritores. Me permito nombrar a Cercas porque en su novela “Soldados de Salamina”, no sólo establece un diálogo entre presente, pasado y futuro, sino que hace una obra en tres actos: muestra cómo la construyó, la presenta y luego la cuestiona, la transforma, la desmonta y logra un mayor grado de desocultamiento. No es casual que la historia original transcurra durante la Guerra Civil española, pero narrada desde un presente neoliberal, donde el autor abre una ventana para que el lector pueda reconocer al héroe anónimo, al que en la opción de dar la vida o la muerte al “enemigo”, elige la vida. Un héroe que no pretende ser reconocido, que es tan corriente como cualquiera de nosotros.

Escribo desde Ciudad de México, en un territorio que se siente a la intemperie y al mismo tiempo nos acoge. La escritura de vaivén, que transita entre los opuestos y se anima a desafiar, es también la que nos permite ver los infinitos gestos de solidaridad presentes en la vida social, en medio de la violencia generalizada, como si luces y sombras se agolparan y los sujetos estuvieran buscando y dispuestos a ser, y a ser más, más creativos, más libres, en las condiciones que les tocan: los niños, los jóvenes, sus madres, sus abuelos. Estas ganas de ser nos comprometen a los que oficiamos de “maestros”, nos orientan a nuevas formas de hacerlo, para ser los que asumimos la tarea de “seleccionar las rutas de lectura (...) Por mi parte, sigo enseñando, por decirlo así, modos de leer” (Piglia, 2015, p.24).

Bibliografía

Arendt, H. (2013). *Hannah Arendt: The last interview and other conversations*, New York: Melville House.

Arendt, H. (2002), *La vida del espíritu*, Barcelona: Paidós.

Carver, R. (1990), Prólogo, en *Para ser novelista*, John Gardner, Barcelona: Ultramar.

Cercas, J. (2013) *Soldados de Salamina*, Barcelona: Tusquets.

Ferreiro, E. (2004), A veinte años de la publicación de los sistemas de escritura en el desarrollo del niño, en *Sistemas de escritura, constructivismo y educación*, Ferreiro y otros, Buenos Aires: Homo Sapiens.

Ferreiro, E. (1999), *Vigencia de Jean Piaget*, México: Siglo XXI.

Gadamer, H. (2000), *La educación es educarse*, Barcelona: Paidós.

Greco, M. B. (2008), *La autoridad pedagógica en cuestión*, México: Homo Sapiens-Limusa.

Grossman, D. (2010), *Escribir en la oscuridad. Sobre política y literatura*, Barcelona: Debate.

Grossman, D. (2010), *Lenguaje individual y lenguaje de masas*, en *Escribir en la oscuridad*, Barcelona, Ed. Debate.

Murakami, H. (2007), *De qué hablo cuando hablo de correr*, México: Tusquest.

Piglia, R. (2015) *La forma inicial*. Conversaciones en Princeton, México: Sexto Piso.

Rancière, J. (2011), *El tiempo de la igualdad. Diálogos sobre política y estética*, Barcelona: Herder.

Sarlo, B. (1996), *Instantáneas. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo*, Buenos Aire: Ariel.